

AYER ALIADOS EN LA PAZ, HOY SOCIOS EN EL DESARROLLO

Óscar Arias Sánchez
Presidente de la República de Costa Rica
Sesión solemne del Parlamento Europeo
Bruselas, Bélgica
3 de septiembre de 2008

Señor Presidente:

Lo saludo en nombre de una pequeña república de América, en la que poco más de cuatro millones y medio de personas se atreven cada día a vivir y a soñar; en la que ha sido posible el ideal de una sociedad sin ejército, y en la que pronto cumpliremos ciento diez años de democracia. Lo saludo en nombre de una pequeña república de América, que durante la segunda mitad del siglo XX asistió al desfile de las más abominables dictaduras a su alrededor, sin ser ella nunca escenario de la opresión; que se negó a ser alfil en el ajedrez de la Guerra Fría, y se abstuvo de usar las armas para alcanzar la paz. Lo saludo en nombre de la República de Costa Rica.

Señor Presidente, señores diputados y diputadas:

Dos eventos me anteceden en este día, separados por siglos y décadas, pero tan unidos al presente como la aurora de esta mañana. Hoy hace 225 años, llegó a su fin la Guerra de Independencia estadounidense, con la firma del Tratado de París, primera ola del movimiento independentista de prácticamente todo el continente americano. Y también hoy hace 69 años, dio inicio la Segunda Guerra Mundial, con la declaratoria de guerra a Alemania por parte de Francia y el Reino Unido, y el surgimiento del bloque de los aliados en el que participaría buena parte de América. Hago notar estos hechos porque al acercarme a este estrado, símbolo de la comunión entre pueblos distintos, lo hago consciente del bagaje histórico que cargo sobre mis hombros, y que cargan también ustedes en el pasado de cada una de las naciones que representan. No venimos aquí a fundar las relaciones entre nuestros dos continentes, sino a reconocer que esas relaciones existen desde hace mucho tiempo, y que todo intento por mejorarlas debe partir de un intento por comprenderlas en su totalidad.

Con la franqueza que debe prevalecer entre los amigos, hemos de reconocer que la génesis de nuestra historia común es la dominación de una civilización por la otra. América conoció a Europa por su fuerza, antes que por sus ideas. El temor caracterizó la conquista, la indignación la colonia. Y sin embargo, no pudimos dejar de admirar a esta cultura milenaria. A pesar de las luchas que nos enfrentaron, es innegable que Europa encendió la luz de la razón en nuestra tierra, y que nos infundió el apego a las mejores causas de la humanidad, causas que no abandonamos con la Independencia.

Hace veintiún años, fueron esas causas las que me trajeron a Europa, durante mi primera Administración como Presidente de Costa Rica. Vine entonces a pedir la fuerza de este continente en la búsqueda de la paz en Centroamérica, donde cinco naciones se debatían entre la vida y la muerte en medio de la guerra civil. Hilos de

sangre dividían a nuestros pueblos, y enfrentaban al hermano con su hermano. En un experimento cruel, las potencias de entonces nos usaron como campo de prueba para la demostración de su poderío: ellos ponían las armas, nosotros poníamos los muertos. El número de fatalidades ascendió, según algunas estimaciones, a 350.000 personas. Eso equivale, proporcionalmente, a que muriesen hoy casi 4 millones de estadounidenses en la guerra en Iraq. Sólo alcanzando la paz podíamos asegurar un futuro para nuestra región.

Europa fue entonces la respuesta a nuestras plegarias. El respaldo moral de este continente legitimó nuestros esfuerzos por encontrar una solución diplomática al conflicto, una solución centroamericana para los problemas centroamericanos. La ayuda internacional que ustedes nos brindaron en aquellos días fue amplia y generosa, y constituyó un símbolo de la verdadera voluntad europea de asistir al progreso de las naciones centroamericanas.

Veintiún años después, vuelvo a Europa, y como Fray Luis de León al salir de sus cuatro años de encierro, me siento impulsado a empezar con un "*decíamos ayer...*", porque en muchos aspectos, hemos de retomar donde nos quedamos. La relación entre Europa y Centroamérica, tan intensa en las épocas de guerra, se tornó distante en las épocas de paz. La ayuda desde Europa hacia Centroamérica, tan caudalosa en las épocas de opresión, se volvió más comedida en las épocas de libertad. Nunca nos imaginamos que al traspasar el umbral de la paz, entraríamos al reino del olvido. Quisiera pensar que éste será el tiempo para mostrar que los amigos que nos apoyaron en días oscuros, también saben hacerlo cuando el día es claro, y precisamente porque es claro.

Hoy quiero proponerles tres cursos de acción con los cuales podemos profundizar nuestras relaciones y luchar, hombro a hombro, en la construcción de las utopías que ustedes mismos nos enseñaron a perseguir: la firma del Acuerdo de Asociación entre Centroamérica y la Unión Europea, el Consenso de Costa Rica y la Paz con la Naturaleza.

Sé bien que este recinto alberga todo tipo de opiniones en torno al libre comercio. Pero también sé que esas opiniones son expresadas desde el promontorio de quien tiene la dicha de vivir en una nación desarrollada. Yo quisiera darles hoy la visión desde la llanura. Para un país como el mío, uno de los más pequeños del mundo, no existe la posibilidad de producir todo aquello que consumimos. Estamos condenados a ser los fenicios de la modernidad. En épocas de globalización, la disyuntiva que enfrentamos las naciones en vías de desarrollo es tan cruda como simple: si no somos capaces de exportar cada vez más bienes y servicios, acabaremos exportando cada vez más personas.

Es claro que Europa ha de velar por el interés de los europeos. Pero también es claro que el interés de los europeos, y de cualquier estirpe del mundo, está cada vez más determinado por el destino común de los seres humanos. Ninguna nación puede permanecer tranquila mientras más allá de sus fronteras pulula el hambre, la ignorancia, la violencia y la enfermedad. Mientras las disparidades entre nuestras naciones sigan siendo tan amplias, una diáspora global continuará llevando a miles de seres humanos a través de océanos, ríos y murallas, para buscar las oportunidades que

en sus propios países no pudieron encontrar.

El Acuerdo de Asociación entre Centroamérica y la Unión Europea, el primer acuerdo de región a región que la Unión Europea podría concluir, es la oportunidad más cercana, más clara y más inmediata de la que dispone Europa para vigorizar su presencia en Latinoamérica. Desde la creación del Mercado Común Centroamericano, pocas iniciativas han abrigado un mayor potencial para acelerar el crecimiento económico del istmo, para modernizar nuestras instituciones y para brindar nuevas oportunidades a aquellos centroamericanos que viven en la pobreza. Alcanzar este acuerdo sería, para Europa, retomar el liderazgo perdido y ocupar la vacante al frente de la lucha por el desarrollo de América Latina. Ayer fuimos aliados en la paz, hoy podemos ser socios en el desarrollo.

Ahora bien, Centroamérica y Europa guardan diferencias colosales, que deben ser consideradas. La primera es la diferencia que hay entre nuestros dos modelos de integración: Europa debe aceptar que la integración centroamericana se dé en la forma y medida que nuestra evolución institucional permite. Somos ya la región más integrada del mundo en desarrollo, y por ello consideramos que no es justo que se nos impongan condiciones en términos de nuestra integración para avanzar en las negociaciones; condiciones que Centroamérica difícilmente puede cumplir, y que además, no se le exigen a otras regiones del mundo.

La segunda diferencia entre nuestras regiones, y quizás la más importante, es la diferencia entre nuestros niveles de desarrollo: es crucial que el componente comercial del Acuerdo conceda un trato asimétrico a favor de Centroamérica, y sobre todo que evite la penosa práctica de conservar las barreras en las áreas donde es Centroamérica, precisamente, la que cuenta con ventajas comparativas. Si alcanzamos un entendimiento sobre la base de estos supuestos, Europa estaría dando un salto de gigante en beneficio de los centroamericanos, pero también de los europeos, porque en épocas de crisis internacional este continente podría sacar mucho provecho de una economía que ha venido creciendo, aproximadamente, al doble del ritmo europeo durante los últimos cinco años.

Europa puede empezar un nuevo protagonismo en el mundo en desarrollo, pero antes debe asegurarse de que ese protagonismo sea, precisamente, en beneficio del desarrollo. Decía Goethe que *"nada hace más daño a una nueva verdad que un viejo error"*. No podemos entrar a una nueva etapa de cooperación internacional cargando los lastres del pasado, particularmente el lastre de un gasto militar que constituye, en sí y por sí mismo, una ofensa a los casi 200 millones de latinoamericanos que languidecen en la pobreza. Ha llegado la hora de que la comunidad financiera internacional aprenda a separar la paja del trigo, y reconozca, con evidencia en mano, cuáles son los gastos que se traducen en un mejor nivel de vida para los seres humanos, y cuáles no lo son.

No constituye un blasón de honor que en el año 2007 el gasto militar de América Latina ascendiera a 36.000 millones de dólares, en una región que -con la sola excepción de Colombia- no experimenta actualmente ningún conflicto armado. Con el dinero que se gasta en un solo avión Sukhoi Su-30k, se comprarían para nuestros estudiantes alrededor de 200 mil computadoras del MIT Media Lab XO. Con el dinero

que se gasta en un solo helicóptero Black Hawk, se podría pagar durante un año una beca de 100 dólares mensuales a 5.000 jóvenes latinoamericanos. Las naciones desarrolladas del mundo no pueden respaldar, con asistencia y recursos, la decisión de quienes prefieren apertrechar a sus soldados que educar a sus niños. Es por eso que mi Gobierno ha dado a conocer el Consenso de Costa Rica, una iniciativa mediante la cual se crean mecanismos para perdonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales, a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en protección del medio ambiente, educación, salud y vivienda para sus pueblos, y cada vez menos en armas y soldados. Guardo la esperanza de que podamos hacerlo realidad.

Espero, también, que podamos aprobar un proyecto muy relacionado con el anterior: el Tratado sobre la Transferencia de Armas que Costa Rica ha propuesto en el seno de las Naciones Unidas, y que prohíbe a los países transferir armas a Estados, grupos o individuos, cuando exista razón suficiente para creer que esas armas serán empleadas para violar los derechos humanos o el Derecho Internacional. No sé cuánto tiempo más podremos sobrevivir sin darnos cuenta de que matar a muchos, poco a poco, cada día, es tan condenable como matar a muchos, en un solo día. El poder de destrucción de los 640 millones de armas pequeñas y livianas que hay en el mundo, el 74% en manos de civiles, ha probado ser más letal que el de las bombas nucleares, y constituye uno de los principales motores de la inseguridad ciudadana en el ámbito nacional e internacional. El miedo a morir no puede ser la clave en la que se escriba el futuro de nuestros pueblos. Hoy podemos hacer algo para garantizar que no sea así.

Un solo tema me resta por mencionarles, y es uno que tiene que ver, también, con la violencia y la destrucción, pero no sólo contra los seres humanos, sino contra todas las formas de vida. Cada bosque que tálamos, cada tonelada de dióxido de carbono que emitimos al aire, cada río que contaminamos, nos aproximan un paso más a las puertas de la extinción de nuestra especie, en cuyo dintel, como en las puertas del infierno de Dante, habremos de abandonar toda esperanza. Me rehúso a ser testigo del tránsito de la humanidad por esas puertas.

Hace 60 años el ex Presidente de Costa Rica, José Figueres Ferrer, tuvo la visión de abolir el ejército nacional y declararle la paz al mundo. Nosotros hemos tomado ahora la decisión de declarar la Paz con la Naturaleza. Nos hemos propuesto ser un país neutral en emisiones de carbono para el año 2021. El año pasado nos convertimos en el país con más árboles per capita y por kilómetro cuadrado en el mundo, al sembrar 5 millones de árboles. En el 2008 sembraremos 7 millones de árboles más. Lideramos una cruzada internacional en contra del calentamiento global, y hoy les pido, humildemente, que se sumen a nosotros.

El aumento en la temperatura del planeta ha hecho posible que crezcan olivos en las costas de Inglaterra, un signo verdaderamente alarmante para la comunidad científica. Al contrario de la historia bíblica, esta vez la paloma no traerá el olivo como señal de la calma, sino como señal del peligro. Hoy les pido que enviemos esa paloma hasta el rincón más alejado del orbe, para que vuelva portando la voluntad de cambio de todas las naciones del mundo. Sólo juntos lograremos fundar una nueva alianza, no ya de Dios con el hombre, sino del hombre con la Creación de Dios.

Señor Presidente:

El gran escritor argentino Jorge Luis Borges solía decir que él era un europeo exiliado, haciendo alusión a la ascendencia europea de gran parte de la población del continente americano. Pasados siglos de mestizaje e intercambio, es probable que haya también aquí muchos americanos en el exilio. Nos exilió la suerte geográfica de un océano, y la suerte histórica de un péndulo que nos une y nos aleja según vengan las circunstancias. Yo creo que es hora de dejar ese péndulo fijo en la unión, de retomar la senda que recorrieron los vientos hace 180 millones de años, antes de que la Tierra sufriera la grieta original, cuando Europa colindaba con América, y hubiera sido posible caminar de París a New York.

Somos miembros de una única especie, que sigue siendo capaz de cosechar las mejores flores del jardín de la vida. Nuestros sueños son patrimonio común, y nuestras decisiones impactan la vida de los demás, nos guste o no. Yo creo que eso, lejos de constituir una amenaza, representa una oportunidad maravillosa. Creo, como nos dijera el más grande poeta costarricense, Jorge Debravo, que *“es maravilloso, sobre todo, saber que nosotros tenemos la virtud de hacer vivas las cosas más lejanas que tocamos, de alargar la mirada y no encontrar aristas, porque todas las cosas que miramos se vuelven, con nosotros, infinitas”*. No dudo que sabremos emplear esa virtud infinita para el bien de todos, europeos y americanos, y que seguiremos lado a lado la estrella de un mañana de mayor justicia y libertad.

Muchas gracias.